



Roberto Cayol

Pompas de jabón

PERSONAJES

BERTA
FRANCISCA
ROSA
LEONOR
SEBASTIANA
ALBERTO
TORIBIO
DON PONCIANO
CHICO DE LA COCINERA
DON URBANO
CACHO
UN PEON
NENE

ACTO UNICO

Una antigua y pintoresca casa de campo, en plena primavera; los rosales florecidos trepan por muros y ventanas y cuelgan de las galerías en alegre y versicolor profusion. Habitaciones a derecha e izquierda, resguardadas por amplios corredores de tejas; pozo,

tinas con plantas y sillas, en escena. Por el portón del fondo, que da a la carretera, se ve la lejanía de un pequeño pueblito. Es mediodía.

Escena I

BERTA y el CHICO DE LA COCINERA

(Berta trepada en una silla, canturreando entre dientes, cuelga una jaula. El chico, cauteloso y tímido, aparece por último término; es un muchacho de unos catorce años, mal trajeado.)

CHICO.-Bertita...

BERTA.-(Vuelve la cabeza.)-¿Qué?

CHICO.- ¿Es... está sola?..

BERTA.-Con los canarios...

CHICO.-¿Y su tata?

BERTA.-Durmiendo la siesta.

CHICO.-¿Y su mamá?

BERTA.-También.

CHICO.-Este... (Berta baja de la silla; el Chico no sabe que decir. Metiendo gran algaraza, tras una mariposa, da una vuelta por la escena.)

BERTA.-¿Te has tragado la lengua?

CHICO.-Este... ¡qué bonitas piernas que tiene usted!

BERTA.-¡Ah! ¡Qué lindo pensamiento te ha salido!

CHICO.-Lo saqué recién.

BERTA.-¿A que no me lo escribes en una postal?

CHICO.- No se escribir...

BERTA.-¿Y qué? Le dices a tu mamá que te lo escriba.

CHICO. (Ríe estúpidamente.)-¡Me amasija!...

BERTA. (Nerviosa, mirando a derecha.)-¡Mi padre!

CHICO. (Idem.)-¡La vieja! (Berta trepa a la silla y finge arreglar la jaula; el Chico apoyado al brocal del pozo, finge entretenerse en oír el eco. Ante el pozo.) Ah... ah...

Escena 2

Dichos, PONCIANO y SEBASTIANA

(Ponciano viste pijama y gran sombrero imitación panamá, trae al brazo una cesta con huevos. Se sienta y enjuga el sudor con un gran pañuelo.)

PONCIANO.-Sí, Sebastiana, voy a darme el gusto de echar una gallina con cuarenta huevos.

SEBASTIANA.-Pero, señor, ¿cree que una gallina es una incubadora?

PONCIANO.-Creo que es una madre; y una madre no se fija nunca en el número de sus hijos.

CHICO (En el pozo.)-Ah... ah...

SEBASTIANA.-A vos te buscaba, trompeta. ¿Ese es el modo de hachar leña?

CHICO.-Vine a buscar el hacha, vine... (Sale por izquierda, último término.)

SEBASTIANA.-Andá nomás que tenemos que arreglar cuentas. (A Ponciano.) Son sus chicos, que me lo pierden. Cuando está el dueño de casa ni asoma las narices.

PONCIANO.-¡No me hable del dueño de casa, Sebastiana! ¡Todavía me va a echar con toda la familia por meterme a echarle las gallinas! (Le da la canasta.) Hay dos sin galladura.

SEBASTIANA.-¡Bah! Aquí hacen falta muchos huéspedes como usted. (Medio mutis izquierda.)

PONCIANO.-Gracias. No me vaya a pisar las radichetas. (Se va Sebastiana por izquierda, último término. Ponciano, con cara satisfecha, hace unos movimientos de gimnasia sueca. Berta se va por izquierda primer término. Se oyen voces y protestas de los muchachos, uno de los cuales, el menor, llora a grito pelado.)

PONCIANO.- (Fuera de sí)-¡Me están indigestando el veraneo! ¡Y para esto he empeñado el reloj por sacarles boleto! (Llamando a izquierda.) ¡Cacho! ¡Napoleón! ¡Poincaré! ¡Azucena!

BERTA.-¡Grandulón! ¡Pegarle al nene!

Escena 3

PONCIANO, BERTA, FRANCISCA. que viene con un mate; CACHO, NENE y AZUCENA

FRANCISCA.-¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

PONCIANO. (Tomando al nene.)-¿Quién le ha pegado a Poincaré?

BERTA. (Por Cacho.)-Este mujerengo, que le ha metido un hondazo en la cabeza. (El nene quiere hablar pero no se le entiende.)

PONCIANO.-¡Trae para acá, boche! (Hace pedazos la honda.)

CACHO.-¡Y! Se le paró un pájaro en la cabeza...

PONCIANO.-¡Deberías de tener vergüenza! Parece un concripto de marina, y cazando pajaritos.

CACHO.-Si no le gusta me compra otro traje.

PONCIANO.-¡No me refutes!, porque te tiro a la alcantarilla del tren. ¡Y andá para adentro! (Cacho, protestando, entra en una habitación de la izquierda para salir al rato con un gran barrilete. Los otros chicos se van por la derecha.)

Escena 4

PONCIANO y FRANCISCA

FRANCISCA. (Le da el mate.)-Tomá.

PONCIANO.-La culpa la tuve yo de no dejarlos con los otros seis, en casa de la tía.

FRANCISCA.-¡Pobrecitos! Acostumbrados a la estrechez del departamento.

PONCIANO.-Habrán despertado a Rosita.

FRANCISCA.-La acabo de dejar en el jardín, escarbando como una hormiga.

PONCIANO. (Muy alegre.)-¿No la encuentras más animada?

FRANCISCA. ¡Es otra! Ayer se ha comido medio pollo.

PONCIANO.-Hasta la noto de mejor color... Bueno, eso del color... (Acción de pintarse.)

FRANCISCA.-Yo creo que pronto podrá volver al trabajo.

PONCIANO.-¡Mi Rosita!

FRANCISCA.-¡Hija mía! (Se limpia una lágrima. Brusca, después de un silencio.) ¡Me revientas con esa facha!

PONCIANO.-¿Quieres que me levante con el jaquet de la oficina?

FRANCISCA.-¡Quiero que no seas ridículo! Crees que con ese traje de papel de seda estás más turista; y simplemente, estás sicalíptico. Te soplan y eres una carátula de mimí.

PONCIANO.-Pues no me soples...

FRANCISCA.-No se qué juicios se haría el dueño de esta finca si te encontrase vestido de... rayos X.

PONCIANO.-Ninguno; porque si yo palpitase que mi estimado amigo acostumbraba venir, no me instalo con toda la prole. Por lo demás, deja a Ponciano Bracamonte que goce de la "fresca viruta" como le dé la gana. En cuanto al traje, me voy a sacar una postal, y se la mandaré al jefe, para que rabie; y otra al Plus Ultra. "La canícula en Tolosa". (Medio mutis.) Van a saber hasta en Petrogrado que estoy con licencia. (Le da el mate.)

FRANCISCA.-Ponciano, íque no eslamos solos! Aunque no tengo el gusto de conocer al dueño de casa, está aquí el hijo.

PONCIANO.-Un excelente muchacho, que no le pone taxímetro al sol que alumbra a los pobres. Al saber que era yo amigo de su padre, y que venía con una hija enferma, no le ha dicho a los pájaros que canten más fuerte porque no le hubieran hecho caso. Pero se desvive por complacernos; y eso, Francisca, cuando viene de un rico, también es aire, y sol, y salud... (Medio mutis.) Voy a echarle agua a los conejos.

Escena 5

Dichos y ALBERTO, que entra por derecha, último termino, rodeado por los chicos, que cruzan la escena bulliciosamente.

ALBERTO. (Ríe.)-¡Qué botijas!

PONCIANO.-Don Alberto, no me les dé confianza. ¿Alguna travesura?

FRANCISCA.-Dígamelo, para castigarlos.

ALBERTO.-Nada, señora, que me han vuelto niño. Vengo de jugar a la rayuela; para las cinco tenemos un rescate.

PONCIANO. (A Francisca.)-A las cuatro y media me acuestas a Cacho y a Poincaré.

ALBERTO.-¡Ah, pero alégrese usted, don Ponciano! ¿A que no sabe a quién ha ido a buscar el coche?

PONCIANO.-No caigo...

ALBERTO.-A su gran amigo de la infancia.

PONCIANO. (Se le doblan las piernas.)-Mi gran amigo de la...

ALBERTO.-¡Sí! A mi padre.

PONCIANO.-¿Su padre?...

ALBERTO.-Mi padre.

PONCIANO. (aparte.)-¡Ay mi madre!... (A Francisca.) Los acuestas a todos y cierras la puerta...

ALBERTO.-Ha telegrafiado anoche, pidiendo la volante para este tren. Dentro de breves instantes lo tendremos aquí.

PONCIANO.-¡Qué flemón, digo, Filemón!

ALBERTO.-Toribio, Toribio...

PONCIANO.-Digo, Toribio... (Aparte.) ¡No sé ni lo que digo!

FRANCISCA. (Aparte, preocupadísima.)-¡Dios mío! ¿Qué le pasará a mi marido? (Se va por una habitación de la derecha.)

Escena 6

PONCIANO y ALBERTO

ALBERTO.-¡Viaje más raro el del viejo! Hae tres años que juró no volver a la quinta.

PONCIANO.-¡Un juramento es una cosa sagrada! ¡Se cumple!

ALBERTO.-Sabe usted lo que son los viejos, de aprensivos. Aquí murió mi única hermana, que era el tesoro de mis padres; y claro, se le ocurre que la ven a cada paso; como que en cada maceta hay un recuerdo de ella; Esther era toda la casa, que hasta lleva su nombre; por serlo, se fue marchitando como un "coronita de novia" y se apagó una tarde, con la última rosa de esa ventana...

PONCIANO.-Es una imprudencia... su padre no ha debido venir...

ALBERTO.-Mucho me temo que el origen de este viaje sea algún chisme de don Urbano...

PONCIANO.-¿Eh?... ¿Dice usted un chisme?...

ALBERTO.-A ese viejo usurero, a quien han confiado la vigilancia de la quinta, le conviene que esté sola: así aprovecha la fruta y la verdura. ¡Quién sabe en que cuento nos ha metido! (A Ponciano le ataca el hipo.) ¿Se siente mal?

PONCIANO.-No; el mate... debía tener congonilla. Voy a adecentarme; estoy hecho un musolino... (Aparte.) Por lo menos, que me pesque sin pijama. (Mutis por izquierda, segundo término.)

ALBERTO. (Aparte.)-¡Es extraño! Parece que no le ha hecho gracia la noticia... (Al ir a hacer mutis por derecha primer término se encuentra con Rosita que viene cargada de flores.)

Escena 7

ALBERTO y ROSITA. Esta hace un gran ramo durante la escena.

ALBERTO.-Rosita...

ROSA.-Cortando flores para la mesa.

ALBERTO.-Rosas mas lindas tendría la mesa sin que usted se molestase.

ROSA.-Vengo borracha de aspirar olor a flores. ¡Qué jardín, don Alberto! De aquí debe surtirse la primavera.

ALBERTO.-¿Lo dice por las que corta usted todas las mañanas?

ROSA.-¿Y por qué no podría ser por las que me dice usted a todas horas?...

ALBERTO.-No soy yo quien las dice: es la primavera, que hace bonitas a las mujeres e ingeniosos a los hombres...

ROSA.-Nuestra primavera de la ciudad se queda en el almanaque... ¡Nuestras caras siguen tan tristes, nuestros amigos tan sin espíritu!...

ALBERTO.-A veces he pensado que esta dulce estación que en el campo son muchas flores, en Buenos Aires son muchas mujeres; tienen ustedes el color de todas las enredaderas florecidas, hay en sus trajes claros la gracia transparente de todos los pétalos.

ROSA. (Sonríe.)-¿Y las espinas?

ALBERTO. (Idem.)-En los pinches del sombrero...

ROSA.-¿Se ha pinchado usted muchas veces?

ALBERTO.-Lo que me interesa es no pincharme ahora...

ROSA.-¿Y por qué?

ALBERTO.-Por "lo otro" ...

ROSA.-¿Y qué es "lo otro"?

ALBERTO.-Pues "eso"...

ROSA.-¡Si no me dice usted lo que es eso!...

ALBERTO.-Adivínelo usted, y me ahorra un trabajo.

ROSA.-Es que soy muy perezosa...

ALBERTO.-Pues adivínelo perezosamente?...

ROSA.-¿Y cómo se adivinan esas cosas perezosamente?...

ALBERTO.-En esas dos mariposas que han pasado muy juntas, como dos flores que huyeran de la rama; en aquellos dos pájaros que están tejiendo un nido en su ventana; en esas cien rosas sangrientas que se abren en sus manos como un montón de bocas que le tirasen besos...

ROSA.-¿Nada más que de día?...

ALBERTO.-También por la noche... Mirando una estrella que en ese instante miran otros ojos, evocando un nombre que en ese instante evoca otro nombre; preocupándose de un desvelo que en ese instante desvela otros sueños.

ROSA. (Juntando las flores, queriendo disimular su emoción)- Mucho trabajo me parece. ¿Como haría yo para adivinar todo eso sin mirar tantas cosas a la vez?

ALBERTO. (La toma de las manos.)-¡Mirándome en el fondo de mis ojos!...

ROSA. (Riendo de nerviosidad, mientras se le caen algunas rosas que no acierta a recoger.)-No sé qué es lo que más quiero de esta casa, don Alberto; ¡sí lo que ven mis ojos o lo que oyen mis oídos! (Se va apresuradamente por izquierda, segundo término. Fuera se oyen los cascabeles del coche que llega.

ALBERTO. (Mirando al cielo.)-Gracias, primavera. (Sale por el foro a recibir a sus padres.)

Escena 8

SEBASTIANA, el CHICO DE LA COCINERA, UN PEON, que muy alegres se asoman a foro; luego FRANCISCA y PONCIANO. Algunos de los chicos asoman las cabezas por las puertas, pero Ponciano les hace señas para que se metan adentro.

SEBASTIANA.-¡Vaya! ¡Si ya me lo decían los teros! ¡Han cantao toda la mañana!

CHICO.-¡Mirá! También viene la señora. (Chico y Peón salen por foro.)

SEBASTIANA.-¿Se estará por acabar el mundo? (Llama a izquierda.) ¡Don Ponciano! ¡Don Ponciano! Que está aquí don Toribio. (Ponciano se ha puesto el jaquet con el pantalón del pijama, detrás suyo está Francisca algo replegada a la izquierda).

FRANCISCA.-Me presentarás...

PONCIANO. (Nervioso.)-Sí, mujer, sí... ¡Me pones nervioso con tu nerviosidad!...

Escena 9

Precedidos por ALBERTO, SEBASTIANA, el CHICO DE LA COCINERA y PEON, que desaparecen con unas valijas, aparecen DON TORIBIO y DOÑA LEONOR. Son dos personajes de aspecto solemne, hablan con una parquedad imponente.

PONCIANO. (Corre a abrazarle.)-¡Mi querido Toribio!

TORIBIO.-¿Cómo está usted, Bracamonte?

PONCIANO.-Le te... te... te... Te presento a mi mujer.

FRANCISCA.-Señor...

TORIBIO.-Señora...

PONCIANO. (Por Leonor.)-Saludo a tu señora, ¿verdad?

TORIBIO.-Sí.

PONCIANO.-Tanto gusto.

LEONOR.-Servidora de usted.

PONCIANO.-Francisca, la Francisca... La señora de Toribio.

FRANCISCA.-A los pies de usted, señora.

LEONOR.-Bueno, gracias... (A Sebastiana.) Prepare nuestra habitación, Sebastiana.

SEBASTIANA.-En seguida. (Entra en una habitación de derecha, segundo término.)

FRANCISCA.-Lindo día, ¿no?

LEONOR.-Lindo día, sí... Con permiso, (Se va tras Sebastiana.)

PONCIANO. (A Toribio, palmeándolo.) Vendrás cansadísimo, ¿eh? El traqueteo del tren, la canícula...

TORIBIO (Con sorna.)-Sí, sí... (Al chico de la cocinera.) Que no desaten el break. (Hace mutis tras Leonor. Alberto se encoge de hombros como no entendiendo aquella frialdad y se va por izquierda. Ponciano y Francisca quedan solos, y se miran un instante como petrificados.)

Escena 10

PONCIANO y FRANCISCA

FRANCISCA. (Luego de larga pausa.)-¿Qué es esto?...

PONCIANO.-Francisca, tengo que hacerte una revelación espantosa.

FRANCISCA. (Como sospechando.)-¡Habla! ¿Qué me quieres decir?

PONCIANO. (Como quien espera un golpe.)-Yo no soy amigo de la infancia de este caballero...

FRANCISCA.-¿Eh?... Por lo menos, una vieja amistad; camaradas de juventud...

PONCIANO.-Tampoco... Nos hemos conocido hace tres meses, en un tranvía.

FRANCISCA. (Se agarra la cabeza.)-¡Dios mío! ¿Y cómo te has atrevido a instalarte con toda la familia en casa de un buen señor a quien has conocido hace tres meses y en un tranvía?...

PONCIANO.-Francisca... cuando se tienen doscientos cincuenta pesos de sueldo y catorce de familia, y se quiere a la familia, uno se vuelve heroico.

FRANCISCA.-¡Esto es volverse sinvergüenza!

PONCIANO.-Con esos escrúpulos no se iría a ninguna parte...

FRANCISCA.-¡Sí; sobre todo a las partes a que no se debe ir!

PONCIANO.-Tampoco soy amigo de la infancia de los porteros del Jardín Botánico, y me he pasado un año oxigenando a la niña...

FRANCISCA.-Es un paseo público; no una casa particular.

PONCIANO.-La casa de un rico, que está desocupada. Si hasta las cucarachas tienen derecho a solazarse en las casas vacías, ¿por qué hemos de ser los pobres menos que las cucarachas?...

FRANCISCA.-¡Razonas como un impermeable! ¡Pero, habla! ¿Cómo has podido cometer semejante disparate?

PONCIANO. (Pausado.)-Cuando me dijo el médico que nuestra hija se moría si no la sacábamos al campo, el empleado servil que había dentro de mí, el que diez años había agachado el lomo sin protesta, se sintió padre, e impuso una licencia; ¡el pobre diablo se sintió hombre, y se hizo un amigo!... Era un señor con cara de candidato, que solía viajar en el mismo tranvía; alguien me había contado que era dueño de chacras, y de estancias... Un choque, una interrupción de tráfico cualquiera, nos dio el pretexto para conversar. Yo simulé una vieja amistad de colegio que él ínaturalmente! no podía recordar, pero que yo busqué la forma de que recordase, remotamente, por lo menos... Le pagué varias veces el tranvía -el sujeto era un tanto "empacador"-; y una mañana de

ésas, sin decirle el porqué, le pedí permiso para visitar esta quinta algún domingo... Mi amigo asintió.

FRANCISCA.-Algún domingo. Sigue.

PONCIANO. (Con emoción.)-Mujer, el domingo pasado estaba tan azul ese cielo, tan pálida la chica, que me dio tentación de quedarme... y me quedé... (Hay un silencio emocionante.) Rabanito que corto de la huerta lo pago a Sebastiana, mato las hormigas, limpio los palomares, barro los gallineros... Yo sometería mi culpa a un juez que tuviera hijos; y creo que me absolvería y que me devolvería el importe de los boletos, y encima, daría vista al fiscal para que le regalase un velocípedo a Poincaré,...

Escena 11

Dichos, DON URBANO, por el foro. Es un viejo de gafas, con cara de hipócrita.

URBANO. (Golpeando las manos.)-Ave María Purísima.

PONCIANO.-Adelante, don Urbano.

URBANO. (Se adelanta animoso.)-¿Qué? ¿Me dicen que ha llegado Toribio? ¿Y también la señora?

PONCIANO.-Sí. Allí los tiene usted.

URBANO.-¡Qué sorpresa, qué sorpresa! (Medio mutis por derecha, con los brazos abiertos.) ¡Mi estimado don Toribio!

Escena 12

FRANCISCA y PONCIANO. Al final ROSA.

FRANCISCA (Que en toda la escenita anterior ha estado pensativa.) -¿Y qué hacemos ahora?

PONCIANO.-¡Nada! Hacer la pata ancha.

FRANCISCA.-¡Tú dirás qué es hacer la pata ancha en estas condiciones!

PONCIANO.(Enojado.)-¡Tener menos moños y más mundo! ¡Ya que estamos en el baile, bailemos! Yo seguiré siendo el amigo de la infancia; aquí no ha pasado nada, estamos muy contentos.

FRANCISCA. (Aparte.)-¡Yo me muero de vergüenza antes de que nos echen!

PONCIANO. (Imperativo.)-¡Ya debías estar con un mate, brindando a la señora! (Haciendo la mímica.) "Este matecito, doña Fulana"... "Es de yerba de la Cruz"...

FRANCISCA.-¿Y como hago yo esta farsa, si ni sé como se llama?

PONCIANO.-Pues, llámala María; y si no se llama María, ¡paciencia! Yo creo que no es un delito que no se llame María. (Mira izquierda.) ¡Silencio! Llega Rosita y no debe enterarse de estas cosas. (Francisca impone también silencio con el índice sobre los labios.) Silencio. (Haciendo mutis por derecha, último término.) Voy a regar los zapallitos... (Sale por izquierda. Rosa, que se cruza con Francisca a tiempo que ésta hace mutis por izquierda. Se miran en silencio. Rosa, como adivinando algo, Francisca, tratando de fingir tranquilidad. Rosa hace mutis por donde lo hizo Ponciano.)

Escena 13

Casi en silencio aparecen por izquierda prendidos a trompadas. CACHO y CHICO DE LA COCINERA, un poco después, tras ellos, ALBERTO. Por derecha LEONOR y URBANO.

LEONOR. (Mira con un impertinente.)-¡También un conscripto! Ya lo decía usted en su carta. ¡Qué escándalo!

URBANO.-¡Oye, grumete! Respeta la casa.

CHICO.-La señora. (Huye abochornado por la derecha, último término; Cacho por las habitaciones de la izquierda.)

ALBERTO.-¡Qué plancha! ¡Qué plancha! (Llega en ese momento y ríe de buena gana del susto de los muchachos.)

Escena 14

ALBERTO, TORIBIO, LEONOR y DON URBANO.

LEONOR.-Tu padre desea hablarte. (Llama a derecha.)

ALBERTO. (Aparte.)-Conflicto habemus. (Llega Toribio. Don Urbano y Leonor, algo retirados, comentan en voz baja.)

TORIBIO. (Muy solemne.)-Siéntate.

ALBERTO. (Aparte.)-Interpelación...

TORIBIO.-¿Supongo que no ignoras lo que ocurre en esta casa?

ALBERTO. (Se encoge de hombros.)-No se...

TORIBIO.-Sabrás que estamos en plena invasión de los bárbaros...

ALBERTO.-No me había enterado... (Con intención, mirando a don Urbano.) ¿Ha salido en La Gaceta?... (Urbano parpadea y se arregla la corbata.)

LEONOR.-¡Ni te enterarás! Porque siempre has sido afecto al chusmerío.

ALBERTO. (Se incorpora.)-¿Qué intención que no alcanzo hay en el fando de esas palabras?...

LEONOR.-Pregúntale a tu padre...

TORIBIO.-Un audaz, que dice ser mi amigo de la infancia, accidente de mi vida que no puedo recordar por más que martirizo mi memoria...

URBANO. (Aparte.)-Buen principio...

TORIBIO.-... haciendo uso de una licencia que se ha tomado en la oficina, y abuso de otra que se esta tomando conmigo, se ha instalado aquí con toda su prole.

ALBERTO.-Quedamos en que un pobre diablo con muchos años de sudar el kilo, consiguió quince días de asueto para respirar de cara al cielo y vino a pedir un poquito de sol a la casa de un rico. ¡Adelante!

TORIBIO.-No quedamos en eso, pero en fin...

LEONOR.-No es el favor lo que nos duele.

TORIBIO.-Después de todo, la casa está desocupada desde que murió tu hermana. Lo lamentable es la forma en que se paga ese favor...

ALBERTO.-¿Quién lo dice?

LEONOR.-Referencias que nos llegan... (Urbano se muerde las uñas nerviosamente.)

TORIBIO.-Aquí se matan gallinas diariamente, se arrasa la huerta, se beben las reservas de la bodega... Hasta tú, que eras el llamado a mantener la nota de austeridad que siempre fue patrimonio de esta casa, andas prendido con una maestrilla.

ALBERTO.-¡Basta! ¡Quién ha podido firmar tales infamias?

URBANO.-Son denuncias anónimas...

ALBERTO.-¡Mal nacidos son los que no firman! Es que ni siquiera saben el nombre de su padre. (Don Urbano crisca los puños sin poder contestar.)

LEONOR.-¡Alberto!

ALBERTO.-Y si hay santulones a quienes molesta que la juventud sea joven por encima de todo, y que viva, y que sienta, que le digan a los rosales que no echen sus

brotos en esos muros, y al sol que no luzca, y a la primavera misma que pase de largo por esta casa... ¡Pero que no me digan a mí que no alegre las horas de los tristes, que no ría con la risa de los pobres, porque eso es más noble, y más santo, que levantar capillas, y ayunar por cuaresma, y adorar un Dios de palo que mañana no ha de poder odiarnos; por eso; porque es de palo!

LEONOR.-¡Acrata!

ALBERTO.-¡Hombre! Los ácratas dicen estas cosas con una bomba en la mano; yo las siento con una mano sobre el corazón.

TORIBIO.-¡Admirable! ¿De modo que tú apruebas el asalto?

ALBERTO.-Sí; y hemos terminado. Hagan ustedes lo que les dé la gana. (Toma el sombrero y sale por el foro. Toribio, Don Urbano y Leonor se miran atónitos.)

Escena 15

TORIBIO, URBANO, LEONOR; al final FRANCISCA.

LEONOR. (A Toribio.)-¿Qué me dicen de este ferroviario?

TORIBIO. (A Urbano.)-¿Qué me dice usted, don Urbano?

URBANO.-Yo paso.

LEONOR.-Esa comadrita le ha echado algo en el mate.

URBANO.-Raspadura de uña, doña Leonor.

LEONOR.-Ah, pero esos gitanos se marchan hoy mismo de esta casa. Para algo hemos dejado atada la volante.

TORIBIO.-¿Y quién le pone el cascabel al gato?

URBANO.-¿Y quién ha de ser? Usted.

TORIBIO.-Despedirlo así, de buenas a primeras, es un poco violento. Si en efecto es camarada sería un cargo de conciencia...

LEONOR.-Bah, no falta una excusa...

URBANO.-Haga usted de cuenta que es una demanda por desalojo... (Francisca, que no puede disimular su temor, entra con un mate. Trata de seguir las indicaciones de Ponciano.)

FRANCISCA. (A Leonor.)-¿Un matecito, misia María? Es de yerba de la Cruz...

LEONOR. (La enfoca con el impertinente.)-Leonor me llamo. No practico ese vicio.

FRANCISCA. (Aparte.)-Primera plancha... (A Toribio.) ¿Usted, señor?

TORIBIO. (Solemne.)-¡Mate! Nauseabundo vehículo de enfermedades parasitarias.

FRANCISCA.-Don Urbano.

URBANO. (Con sorna.)-Bombillas familiares... ¡Jarajajá! (Francisca hace mutis por izquierda corrida de vergenza. Se oye a derecha a alguien que agita una lata con maíz y hace con la boca ese ruido característico con que se llama a las gallinas. Es Ponciano. Algunas gallinas cacarean como si las corrieran.)

LEONOR.-Ahí llega el delincuente; tú verás lo que haces. Acompañeme, don Urbano. (Leonor y Urbano se van por la izquierda primer término.)

Escena 16

TORIBIO y PONCIANO, que aparece con una gallina en brazos.

PONCIANO. (A la gallina.)-No te voy a dar el gusto, bandida; si vos está culeca... (A Toribio.) Bueno, y la culpa es de ese compadrito del gallo que no me la deja en paz. ¡El arpingthón es terrible! ¡Hasta con los conejos! (Va hacia la izquierda y suelta la gallina.)

¡Y si vieras que guiso tiene el ladrón! Unas pantorrillas así de gordas. (Señala.) Parece la Imperio...

TORIBIO. (Con intención.)-Noto que a usted le agrada mucho la carne de gallina...

PONCIANO. (Con reproche.)- Le agrada...(Le amaga un golpe.) ¿Acabará de tutearme, pedazo de idiota? Soy Bracamonte...

TORIBIO.-Es que...

PONCIANO.-¡Me da una rabia! ¡Dos camaradas del primer curso con semejantes etiquetas! ¿Qué culpa tengo yo, Toribio, de que tengas una cabeza de bellota?

TORIBIO. (Aparte.)-¿Estaré idiota, Dios mío?

PONCIANO.-Dame un cigarrillo... Si tienes de hoja, mejor.

TORIBIO.-Tome...

PONCIANO.-¡Tomá, tomá! Si no me tuteas lo dejo... lo dejo para luego.

TORIBIO.-Bueno, toma.. (Mirándolo fijo.) ¿Y dices que te llamas Rocambole?

PONCIANO.-Bracamonte.

TORIBIO.-¡Nada!, ni con gotario... Si me diera algún dato concreto, podría caer...

PONCIANO. (Aparte.)-El que podría caer soy yo...

TORIBIO. (Como esforzándose por recordar.)-Algo gráfico...

PONCIANO.-Recuerdos de la infancia... "Oh dulce edad de la niñez primera..."

TORIBIO.-En que colegio, al menos....

PONCIANO.-Escuela primaria... Piensa. Aquel pebete tan menudito, y tan negro.

TORIBIO. (Aparte.)-¡Es inútil! No percibo.

PONCIANO.-¡No hay cómo equivocarse! Un chico que salía en todos los recreos y apenas daban las cuatro tomaba la gorra y se iba. Una vez te vendí un libro...

TORIBIO. (Con fastidio.)-¡Hombre! ¡Cualquiera se acuerda a mis años de los libros que compró en su infancia! Otras señas, algún mote...

PONCIANO.-Me llamaban Cacho...

TORIBIO.-¿Cacho de qué?

PONCIANO.-Debía ser de bananas, porque siempre he sido loco por los farináceos...

TORIBIO. (Con el desagrado propio de quien ha hecho un inútil esfuerzo mental.)-Perdone usted. Perdóneme -¡estaré idiota!-, ¡en mi vida lo he visto! (Se pasea nervioso.)

PONCIANO. (Aparte.)-¡Tableau! Ahora se hace el idiota y me echa...

TORIBIO. (Aparte.)-¿Y cómo le hago entender que se marche?

PONCIANO.-¿Te vas a preocupar ahora por eso, hermano? Yo estuve un tiempo así, que no conocía ni a mi padre. ¡Metéle a la hiperbiotina!

TORIBIO.-¡Otras cosas me preocupan!

PONCIANO.-¿Algún vencimiento? (Abre el jaquet.) Todo lo que tengo es tuyo.

TORIBIO.-Esta quinta, que me saca canas verdes... ¡Los abusos de los amigos!

PONCIANO.-¡Hay cada ficha, che!

TORIBIO. (Aparte.)-¡Ni por ésas! El mes pasado se largo aquí el doctor Gonzáiez. con sus tres niños: y se pusieron a jugar al football en el comedor. ¡Claro! Me hicieron añicos un cristalero.

PONCIANO.-¿Que importa un cristalero? La patria se ha ganado tres soldados.

TORIBIO.-Luego fue Perez, que le dio por descargar un winchester en pleno gallinero. ¡Seis gallinas muertas!

PONCIANO.-¡Me parece muy bien! Los volátiles se han hecho para la cacerola.

TORIBIO.-¡Confieso que me revientan los amigos! ¡A cada rato amigos!

PONCIANO -Es que se te venera como a un Guido Spano. Tu quinta es una especie de monumento nacional para nosotros.

TORIBIO. (Aparte.)-¿Pero este ladrón no encuentra nada malo?... (A Ponciano.) El mejor día vendo todo, pesco el primer vapor para Europa y no me ven más la cara.

PONCIANO. (Lo palmea.)-No nos la ven, Toribio, porque yo no me pierdo ese viajecito.

TORIBIO. (Fuera de sí.)-¡Y el que quiera monumentos que se vaya... a la plaza de los franceses!

PONCIANO. (Aparte.)-Esto de la plaza va por mí; pero yo por la chica, cincho hasta mañana. (Se echa viento con el sombrero. Toribio, algo distante, se enjuga el sudor, fatigado del esfuerzo).

Escena 17

Dichos, LEONOR y URBANO.

LEONOR.-¿Lo despedisle?

TORIBIO. ¡Imposible, mujer! ¡Ese tipo es un tornillo con remache! Confieso que me abatata.

LEONOR.-¡Qué candido eres! Déjame sola con el.

TORIBIO.-¡Con muchísimo gusto! (Se va con don Urbano por derecha.)

LEONOR.-Le destornillaré por la vía diplomática...

Escena 18

LEONOR, PONCIANO; al final, SEBASTIANA.

LEONOR. (Muy amable.)-Señor Jenofonte...

PONCIANO.-Bracamonte señora.

LEONOR.-No se si le habrá manifestado mi marido... que el coche espera.

PONCIANO. (Sorprendido.)-¿Qué espera el coche?...

LEONOR.-Sí. La estación queda algo retirada, por lo menos, una hora de camino...

PONCIANO.-¡Ah! ¿De modo que estan ustedes de partida?

LEONOR.-No. Los que están de partida son ustedes...

PONCIANO.-¿Nosotros?... (Queda como petrificado.)

LEONOR.-¡Qué quiere usted, amigo mío! Cosas de Alberto; se le ocurre que nos extraña, que no se aviene a esta soledad. Y usted ve la casa, tan reducida; apenas si cabe una familia...

PONCIANO.-Sí, señora, sí...

LEONOR.-No se imagina usted la contrariedad de Toribio, el que no hace más que buenos recuerdos suyos. (Medio mutis.) Le aconsejo que vaya preparando las maletas. No tiene más que el tiempo justo para el tren.

PONCIANO. (Como divagando.)-¡Nosotros! Con lo bien que se iba poniendo... (Con mucho dolor.) Adiós a mis gallinitas de Sumatra, mis conchinchinas; adiós mis patos moscovitas, mis cisnes africanos. ¡Adiós!

SEBASTIANA. (Que cruza de derecha a izquierda.)-Adiós.

PONCIANO.-¡Adiós! (Contesta sin ver. Queda con la barba apoyada en las palmas.)

Escena 19

PONCIANO, FRANCISCA; luego, ROSITA y BERTA. Al final, CHICO DE LA COCINERA.

FRANCISCA.-¡Acabo de hacer el papelon más grande de mi vida! ¡Esta situación se hace imposible! O confiesas de plano toda la verdad o yo te descubro. ¡Es más fácil que nos perdonen con la verdad que con esta sarta de embustes y de simulaciones!

PONCIANO. (Con voz apagada.)-¿Para que, Francisca? El juez acaba de condenarnos; y no hay apelación...

FRANCISCA. (Sorprendida.)-¿Nos echan?...

PONCIANO.-Sí; ínos echan! (Un silencio.) Que nunca lo sepa Rosa...

FRANCISCA.-De mí no lo sabrá... (Nuevo silencio. Aparecen Rosita y Berta.)

ROSA.-Esas caras... ¿Por qué se callan al verme?... ¿Qué me ocultan?...

PONCIANO. (Finge alegría.)-¡Carta de tu tía Manuela! ¡Nos volvemos a Buenos Aires!

ROSA.-¿A Buenos... Aires?

PONCIANO.-Los muchachos no se resignan sin nosotros; y hay que irse. Después de todo, ¡qué diablo! ¡yo ya estaba harto de campo, y vos, y ésta, y todos!

FRANCISCA.-¡Claro! ¡Claro!

PONCIANO.-La señora no me dejaba ir; ni Toribio, ni don Urbano. He tenido que prometerles que volvemos el domingo. ¡A ver, Francisca, pronto! ¡A preparar las valijas, a avisar a los chicos! (Haciendo mutis por izquierda.) ¡Buenos Aires, Buenos Aires! ¡Mi querido Buenos Aires! (Ríe. Se van tras él Francisca y Rosa. Es de suponer la cara que lleva ésta.)

Escena 20

BERTA, el CHICO DE LA COCINERA que desde foro ha escuchado como atontado el parlamento final de Ponciano. Se acerca cauteloso. Al final de la escena, SEBASTIANA.

BERTA. (Entrecortada.)- ¿Oíste, Cirilo?...

CHICO.-¡Ingrata! No volverán los mistos y las ratonas a cantarte por la mañana.

BERTA.-Me despertará ese zapatero antipático que vive en los altos...

CHICO.-No saldremos a oír pasar los trenes, por la tarde...

BERTA.-Gruñirá la bocina de la fábrica despidiendo a los obreros.

CHICO.-¿Quién te pondrá más flores en la ventana?

BERTA.-Me tragaré con los ojos las del empapelado del cuarto y soñaré que son tuyas...

CHICO.-¡Hipocrita! Te vas y me dejas.

BERTA.-¡Falso! Me voy y te quedas. (Rompe a llorar; él hace buchec por no largar el llanto.)

CHICO. (A Berta.)-¿Y esto? ¿Por qué lloras, che?

BERTA.-Es... que me he espináu la mano con una roma de cardo. (Se va llorando por izquierda.)

SEBASTIANA.-¿Y vos?

CHICO.-¡Es... es que los dos teníamos juntos la ramita! (Se va sollozando por derecha. Sebastiana entra a izquierda tras Berta.)

Escena 21

LEONOR, TORIBIO, DON URBANO; luego, ALBERTO.

TORIBIO.-Declaro ingenuamente, don Urbano, que no encuentro la huerta en el estado calamitoso que usted me decía. (Gesto de contrariedad de Urbano.)

LEONOR.-La verdad es que tampoco se observan destrozos en el jardín. Por un instante he tenido la visión de aquella alegre quinta de antes en que la mano de nuestra Esther inolvidable parecía abrir los rosales con sólo tocarlos.

URBANO.-¡Bah! Detalles de floricultura... ¡Y menos mal que todavía la fruta está pintona! Pero, eso no tiene importancia. No quisiera traerles una media noche, solapadamente, para que se percataran de ciertos fandangos y de ciertas cosas.

LEONOR.-Eso ya es otro cantar. Nadie tiene derecho a profanar un silencio que para nosotros es sagrado.

URBANO.-Si don Alberto ha venido a estudiar doy fe que suele salirse de las láminas del texto para practicar anatomía; si a descansar, certifico que no son de lechuza ciertos chistidos furtivos que se oyen en esta casa a altas horas de la noche. Ustedes dirán si está bien eso, en este sitio, que ustedes piensan destinar para una capilla, en memoria de aquella santa...

TORIBIO.-Como dueño podrá ser uno tolerante, como padres, somos todos inflexibles. (Alberto por foro. Queda un instante mirando a izquierda como si viera los preparativos del viaje de Bracamonte.)

URBANO.(A quien atemoriza la llegada de Alberto.)-Me retiro... Ese muchacho la ha tomado conmigo, y ¡francamente! quisiera evitarme una de a pie... ¡Yo me conozco el genio! Será hasta luego... (Lento e inseguro se va por foro.)

TORIBIO.-Hasta luego.

LEONOR.-Hasta luego. (Leonor saca un librito y lee.)

Escena 22

TORIBIO, LEONOR y ALBERTO

LEONOR.-¿Te has vuelto?

ALBERTO.-Está por llover. No me interesa pescar una pulmonía; se la cedo a ese "buen hombre"... (Por don Urbano.)

TORIBIO. (Sonríe.)-¿Nos pasó el mal humor?...

ALBERTO.-No hablemos de eso, papá; chocaremos siempre. Yo entiendo que el buen aire y el buen sol no son cosas de nadie: son de todos.

LEONOR.-¿A qué viene eso?...

ALBERTO.-Viene a que si no mienten esos libros que devora usted místicamente, que Dios nos hizo a su imagen y semejanza, el templo de Dios es nuestra propia casa y la verdadera fe consiste en amar a nuestros semejantes, que lo necesitan más que Dios.

LEONOR. (Con intención.)-Lo lamentable es que por ceñirte a la teoría amas más de lo prudente a ciertas "semejantes" que te hacen muy poco favor... Será eso todo lo "apostólico" que quieras, pero, ya podías elegir otro "templo" que no fuera la casa de tus padres.

ALBERTO. (Con piadoso desdén.)-¡Bah! También es amor el vaso de agua que mitiga una sed larga, la mano que cura una herida, el labio que miente una esperanza... ¿Qué hombre no mentiría amor por alegrar los ojos tristes de una pobre muchacha?...

(Mustios y lentos, van pasando por izquierda en dirección a foro, por donde hacen mutis, los chicos de don Ponciano. Es una caravana silenciosa; uno lleva una corneta de gramófono, otro una canasta, el más pequeño un globo. El chico de la cocinera los mira acongojado y sale tras el último silenciosamente. Con voz empañada por la emoción.) Papá; yo también como el chico de la cocinera quiero acompañarles hasta el coche.

¡Eran mis camaradas! En las horas de estudio yo trocaba los sabios consejos de todos mis libros por una sonrisa de esos muchachos. (Se va lentamente por el foro.)

TORIBIO.(Aparte.)-¡Diablos de muchachos!... (Aparecen por izquierda Ponciano, Francisca, Sebastiana.)

SEBASTIANA.-Si alguna vez caigo al pueblo, los voy a visitar.

FRANCISCA.-Tendremos mucho gusto.

PONCIANO.-Cuando tenga familia la "batarasa" copetona no se olvide de escribirme, (Se adelanta muy humildemente a Toribio y Leonor.) Si me permiten, quisiera dar el último vistazo al corralito. Dejo en ese gallinero verdaderos amigos...

TORIBIO y LEONOR.-¡Cómo no; con toda confianza! Usted no tiene que pedir permiso... Acompáñelo, Sebastiana. (Se van por derecha Ponciano y Sebastiana.)

Escena 23

LEONOR, TORIBIO y FRANCISCA, que está algo distante de aquéllos

FRANCISCA. (Aparte.)-¡Yo lo digo! (Se aproxima.) Y ahora que nos vamos, señora, no nos guarde rencor. No somos malos... Hemos abusado de ustedes por nuestra hija.

LEONOR.-¿Por vuestra hija?

FRANCISCA.-¡Ella es todo para nosotros! Quitándonos a veces el pan de la boca la hicimos estudiar, con afán, con fiebre... Y cuando, ya maestra, empezaba a retribuir el sacrificio, una enfermedad maldita acaba de morderla por la espalda.

LEONOR. (A Toribio.)-Como Esther...

TORIBIO. (A Leonor.)-Como la nuestra...

FRANCISCA.-¡Aire puro; sol fuerte! Ha dicho el médico, como si en casa de los pobres existiesen esos lujos. Nosotros no los tenemos, señora, y hemos venido a disponer de esta casa que ustedes no usan, que ustedes no necesitan ¡Y por ella, lo hubiéramos robado, si aire y sol fuesen cosas de robar!...

TORIBIO.-¡Basta! ¡Basta!

LEONOR.-¡Mala madre! ¿Iba a permitir que le cayese un aguacero con lo delicada que está? ¿Cómo no ha hablado antes?

TORIBIO.-¡Usted no se va de aquí hasta que a nosotros no se nos dé la gana! (Imperioso.)

LEONOR. (La toma de un brazo.)-¡Pronto! ¡Que bajen esos equipajes! (Desde foro.) ¡Ea, muchachos! abajo todo el mundo. ¿Qué hacen ahí? Ese coche nos espera a nosotros. (Francisca ha salido y vuelve con los muchachos y Alberto formando rueda con Leonor que los acaricia y conversa.)

TORIBIO. (Aparte.)-Egoístas, nada más que egoístas... Necesitamos que un dolor nos hiera en carne propia para comprenderlo en carne ajena. (Este párrafo es anterior a la entrada de los chicos. Ponciano llega y contempla absorto el cuadro.)

VOCES. (De chicos)-¡Nos quedamos! ¡Nos quedamos!

PONCIANO. (Avergonzado.)-Don Toribio... perdóneme... ¡Yo, don Toribio!...

TORIBIO.-Avisá, pedazo de idiota, ¿si vas a andarte ahora con etiquetas? ¡Si ya recuerdo de ti; eres Ponciano, Ponciano Bracamonte, aquel muchacho que una vez me vendió un libro!...

PONCIANO (Abrazándole, conteniendo el llanto.)-¡Gracias, muchísimas gracias!

TELON

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

